

Mamita y los gatos.

(Jorge Arturo Quintanilla Penagos).

Mamita, mi abuelita materna, con una estatura inferior al metro cincuenta y cinco, entre sus curiosidades y habilidades, estaban su gran memoria, su impresionante arrojo, a pesar de su baja estatura y un oído de tísico, capaz de escuchar a través de, la puerta aunque la distancia no fuera poca.

Con Chanita, como pareja, nos habíamos pasado a casa de mis abuelos, después de haber peregrinado en dos casas de huéspedes y en la Posada Maya, en la cual hicimos el mayor tiempo. A fines de agosto de 1962 tomamos posesión de la que fuera mi recámara, ubicada frente al patio y a un lado de la de mis abuelos, divididas por una puerta de cuatro hojas, asegurada por un palo de escoba, como travesaño.

Como no teníamos ninguna ventana, aprovechando que la contrapuerta era de dos hojas, con cristales arriba, quité uno y aproveché la entrada de aire. Esto me sirvió maravillosamente, y a la vez quedé expuesto a la luz de afuera, de la que siempre he huído porque me rompe mi ciclo de sueño. Durante la primera noche me estuve dando vueltas, girando en la cama, como tlaconete en sal, y a eso de las dos de la mañana se encendió la luz del comedor, ubicado a un lado nuestro y fue tan duro el efecto que hasta Chanita se despertó.

---¿Qué pasa allá afuera, por qué hay tanta luz? --preguntó.

---Parece ser la luz del comedor. Como queda abierto casi siempre, al prender el foco se domina el patio y todo lo cercano como nuestro cuarto ---expliqué.

---¿Por qué no sales a ver quién es? porque Mamita y Papito vinieron hace gran rato del billar y están durmiendo plácidamente. No pueden ser ellos.

A regañadientes me levanté y salí para apagar el foco.

---Se me hace raro que Mamita no haya hablado ---expresé a mi regreso.

---Date cuenta, amor, que tus abuelitos llegaron más tarde, según me has comentado sobre sus horarios de trabajo. Ella atendiendo el billar y él dirigiendo su marimba orquesta. Ambos siempre andan desvelados, al igual que tú, quizás por triste herencia.

Por fin pude dormirme aunque inquieto.

Durante el día siguiente no hubo ningún comentario alusivo al foco que se encendió la noche

Después de la cena nos acostamos y curiosamente el sueño me venció. Pero como a la misma hora de la noche anterior, la lámpara iluminó el ambiente, violentando mi sueño y sin hacer ruido me levanté y la apagué.

A la tercera el fenómeno cobró vida.

---¿No vas a apagarla?

---Ahora sí me da miedo, me da cosa, como dice la güera Celorio.

---Todo me imaginé Jorge Arturo, menos que tuvieras miedo, cuando de novios una noche te fuiste al cementerio, allá en Carrillo Puerto y no te intimidaron las víboras, ni las almas del panteón...

---Pero allá en Carrillo... ---sin darnos cuenta el volumen de nuestras voces había subido.

---¿Qué pasó, por qué está encendida la luz del comedor? ¿Están ahí, cenando?

---No Mamita, es que la luz, bueno, el foco del comedor está encendido ---explicó Chanita.

---¡Pues apáguenlo y punto!

---Es que esta en la tercera noche en que se repite este fenómeno. De repente se prende solo ---dije.

---Ah, vaya, de esto se trata.

Momentos después escuchamos los característicos pasitos con sus tacones de madera, que resaltaban el sonido del derecho, porque muchos años atrás ella se quebró la tibia y don Maximino, el famoso huesero la atendió, haciéndola ingerir un vaso de posh o aguardiente de caña indígena, para que aguantara el ajuste del hueso. Pero no hubo cuidado en la recuperación y la pierna quedó un poco más corta, provocándole una renquera que sólo se le notaba por el ruido, al caminar.

---¡Estos muchachos tan miedosos y estos gatos tan molestos!

Escuchamos que se abrió la puerta de su recámara.

---¡Blam, blam, blam, blam! ---sonaron los cuatro disparos de pistola acompañados de un maullido muy agudo.

Se escuchó el sonido de una puerta al cerrarse y en ese momento se apagó la luz.

Chanita y yo atemorizados nos fuimos a acostar.

En la mañana, luego del desayuno me dirigí a la ferretería y comprar un foco de 100 watts y un socket con apagador de cadena integrado.

Regresé a la casa y luego de desconectar la electricidad, cambié el foco y substituí el socket por el nuevo.

Cuando Chanita se asomó le expliqué brevemente lo que hice.

---Me parece muy bueno tu razonamiento, y si estás en lo correcto, a partir de esta noche, ya no habrá gatos ni focos con sockets mañosos.

----Ni disparos con gatos muertos, espero---concluí.